

Todos nos llenamos de alegría, y mi tutor me mandó que inmediatamente lo llevase á casa de doña Eufrosina y Pomposita, á quienes encontramos llorando porque no tenían ya esperanzas algunas para remediar sus necesidades. Luego que vieron á don Rodrigo procuraron disimular su estado lo mejor posible, y después de saludarle entre humillación y orgullo, que disimuló el coronel, les dijo que ya estaba instruído de la situación en que se hallaban, y que para ellas era conductor de un gran consuelo que les enviaba la Providencia, como lo verían por las cartas que les entregaba, así como les entregaría al día siguiente tres mil pesos que esperaba le darían de la libranza, porque era contra buena casa.

En el momento que leyeron sus cartas comenzaron las alharacas y privaciones, etc., se les auxilió con lo necesario, y dejándoles mi tutor veinte pesos, nos retiramos después de recibir muchos agradecimientos y abrazos. Al día siguiente se cobró la libranza, y yo fuí el comisionado para entregarles el dinero, que recibieron con cuanto gusto se puede imaginar, é inmediatamente mandaron por un coche y me estrecharon á que las acompañase, metiendo al coche dos mil pesos. Yo les preguntaba qué iban á hacer, advirtiéndolas de que era menester meditar cualquiera cosa, y de que se fueran con tiento en gastar, porque no sabíamos si la Providencia dispondría que fuera el último socorro. A todo con-

testaron que siendo otra vez ricas, no les correspondía la casa que tenían, ni todo lo demás, y marchamos previniendo ellas al cochero fuera á andar por las calles principales, y que donde viera cédulas de casa vacía allí parase. Por más que yo les decía en el camino, nada bastó á disuadirlas, antes me dijeron que era un necio, que había formádome por las ranciedades de mi tutor, á quien le atribuían ser un miserable. Quise distinguirles la miseria y mezquindad de la economía que usaba mi tutor, que justamente huía de la prodigalidad y despilfarro. Todo lo escuchaban como quien oye llover y no tiene á qué salir; y en estas y las otras paró el coche en la calle de Vergara, y entramos á una casa que estaba de traspaso, porque la familia que la ocupaba se iba fuera, por cuya razón también vendían algunos muebles de lujo. En dos por tres, aquellas cabezas volcánicas ajustaron el traspaso de la casa en cuatrocientos pesos, y en ochocientos los muebles, y me encargaron hiciese al cochero subir el dinero; de él se pagó lo tratado, se recogió recibo, se convinieron que al día siguiente recogían todo, y hasta el portero de la misma casa quedó ajustado de cuenta de las mismas Langaruto, y nos volvimos al coche con los ochocientos pesos restantes que se quedaron dentro de hora y media en distintos cajones de ropa, de que fué el coche bien habilitado.

Tal principio tuvo la nueva fortuna de aquella fami-



lia. Al otro día fueron á recibir la casa y se mudaron en el momento; mandaron imprimir papeletas, y las repartieron á todas las personas particulares de sus antiguas relaciones y amistades. De que resultó que el síndico del concurso de don Dionisio, tan luego como supo todo esto, solicitó se embargase lo que tenía la familia, y fueron al efecto á la calle de Vergara. Doña Eufrosina, queriendo ó no, mandó llamar á mi tutor, quien fué á ver al síndico, y manifestándole la carta del deudor le persuadió que dentro de poco estaría aquí y pagaría lo que restaba, pues que no lo había olvidado. Con esto se contuvo el embargo, y como este servicio del coronel obligaba las consideraciones de Eufrosina y Pomposita, esa tarde mandaron por un coche y fueron á visitarlos, lo mismo que á Pudenciana y su marido. En ambas casas recibieron los mejores consejos para su posterior conducta; mas era lo menos en que ellas fijaban la atención.

Al siguiente día mi tutor, doña Matilde, don Modesto y Pudenciana fueron á pagar la visita, aunque con repugnancia del primero; pero vencióse, porque don Dionisio no los encontrase desavenidos y entendiése todo lo ocurrido con su familia, pues que esto sería un gran pesar para un pobre hombre que venía de nuevo á comenzar su vida después de algunos padecimientos. Con aquella visita quedaron ya corrientes en su amistad.

Al mes y medio llegó don Dionisio Langaruto,

parando en la casa de mi tutor, de donde pasó á la de Pudenciana y rogó que lo acompañásemos todos á la suya, y montando en el mismo coche de camino en que él había venido solo obsequiamos su voluntad.

Pomposita, que estaba en el balcón, luego que vió parar el coche gritó á su mamá, y ambas bajaron hasta el patio, donde ya nos encontraron. Madre é hija sin hablar palabra y bañadas en llanto, se abrazaron de don Dionisio, que quedó hecho una estatua, y sus ojos rompieron en deliciosas lágrimas, gozando todos la más placentera felicidad en aquel momento, que creían el más dichoso de su vida.

Mi tutor, su esposa, don Modesto y Pudenciana, con los ojos humedecidos y con la ternura que inspiraba la escena, los hicieron caminar y subir á la sala, donde poco á poco fueron respirando, y repitieron los abrazos y las mejores palabras de amor y sensibilidad.

Los criados que traía don Dionisio, tan pronto como descargaron el coche, de cuya comisión me encargué, y que colocaron éste y las mulas en su lugar, subieron á ofrecerse á sus amas, á quienes los recomendó Langaruto, diciendo que habían muchos años servido á su tío con fidelidad, y reconocido, se los había traído en su compañía.

Comimos allí aquel día, y nos retiramos hasta las nueve de la noche con repeticiones de abrazos, lágrimas



y ofertas. Al día siguiente, á la hora de almorzar, llegó don Dionisio, y á poco avisaron que estaban allí sus criados con unos caballos, y al momento nos suplicó bajásemos á verlos. Ya en el patio dijo al coronel que no creería que lo amaba como hermano y amigo, si no recibía aquella pequeña demostración de su voluntad y reconocimiento; que un caballo retinto que allí estaba era para mi tutor, el tordillo para don Modesto, un rosillo para doña Matilde, un colorado saino para Pudenciana, y un moro para mí. Todos resistimos lo posible este obsequio, aunque á mí se me iban los ojos tras el moro, que era de la mejor estampa, aunque parecía inferior entre los cinco, y por último, á las instancias, los recibimos, dando muy expresivas gracias.

Subimos á almorzar, para lo que se convidó á Pudenciana y su marido, y en la mesa contó cuanto le había pasado desde que se separó de su casa, y concluyó dando gracias á Dios por todo, y diciendo:

—La experiencia me ha dado á conocer cuanto mal me manejé en la primera época de mi fortuna, y hoy estoy resuelto á llevar nueva conducta, según me lo aconsejó y encargó en los últimos momentos de su vida mi tío y bienhechor; pero para celebrar mi nueva fortuna, quiero tengamos un día de campo, entre los de nuestra familia, y al que no concurrirán más extraños que dos amigos de toda confianza. Hoy mismo he pasado á ver

al síndico del concurso de mis bienes, y mirando la cuenta que tiene bien formada, ví que entre lo que se adeudaba á los acreedores y lo que se ha pagado de costas, debía yo once mil y pico de pesos, que en el acto le pagué en buenas libranzas, que aceptó luego á presencia del escribano, que fué á dar cuenta de todo al juez, para que dé por concluido el concurso y se archive, según pedimos en un escrito el síndico y yo.

Todos lo felicitamos por su ventura, y quedamos en asistir al día de campo, que tuvimos en una casa de la Orilla, con mucho placer, pues vimos que don Dionisio era completamente otro hombre.

En la semana siguiente á su llegada traspasó don Dionisio una tienda de ropa en el Parián, cerca de otra que ya tenía don Modesto con buen capital, á que había subido por su continuo afán, cuidado y economía de Pudenciana, que no olvidando las lecciones de su padre y ejemplo de Matilde hacía la felicidad de su marido, al mismo tiempo que cuidaba atentamente de la educación de dos niños y una niña que ya tenían, y cuyas primeras impresiones estaba haciendo por sí, decidida á no mandarlos á las amigas, adonde más bien van á corromperse los niños que á aprender, porque las maestras no son capaces de nada y todo se les va en regañar, gritar, remedar, coscorronear, azotar y nada de enseñar, porque ó á ellas no las enseñaron ó no tienen